

## 17. El cuidado comienza con la mirada

San Benito es consciente que el cuidado por el otro, encarnación de la misericordia de Dios, comienza por la atención que mostramos hacia la necesidad y las miserias de los hermanos y hermanas. Y la atención es una mirada, ver lo que necesita el otro, una sensibilidad por la necesidad de los demás, como la del Padre, como la de Jesús.

En el fondo, el cuidado del buen pastor se ejerce ante todo en la vigilancia sobre el rebaño, en tenerlo bajo los ojos, pronto para actuar si hubiese necesidad de defensa o de alimento, de agua o descanso.

Son muchos los pasajes en los que san Benito pide al abad y a los demás miembros de la comunidad “considerar”, es decir, ver, mirar con atención, la enfermedad, la debilidad, la necesidad de los demás.

Con respecto a los ancianos y a los niños dice que “se debe tener en cuenta siempre su flaqueza – *consideretur semper in eis imbecillitas*” (RB 37,2). Y esta consideración debe ser más importante que la observancia de la Regla en cuanto a la alimentación. Después repite seguidamente que con respecto a ellos es necesaria una “*pia consideratio*”, que se podría traducir: “una mirada misericordiosa” (RB 37,3).

Es bello este ejemplo, y este breve capítulo que, no sé si por casualidad o intencionadamente, se encuentra en el centro de la Regla, como el capítulo 36 sobre los enfermos. En medio de la Regla, san Benito nos pide... no observar la Regla. Nos lo pide para que miremos preferentemente a los hermanos y a las hermanas más frágiles y necesitados. Ya no hay que conducir la vida monástica de la comunidad mirando a la Regla más que a las personas y a la vida; sería como guiar el coche leyendo el código de circulación, o el mapa, en lugar de mirar la carretera. ¡Ay de nosotros si continuamos la ruta, como el fariseo o el levita, que para no disminuir su observancia religiosa no se detienen a curar al hombre herido en medio del camino! Pero este desapego de la Regla para tener en consideración a los más pequeños y frágiles, nos lo pide la Regla misma. ¡Tenemos que obedecer a la Regla incluso cuando nos pide no ser observada! Esto expresa la gran humanidad de Benito, que es la del Evangelio.

Ciertamente, este cuidado no debe ser solo condescendiente. El superior, si es verdad que está bien que aumente un poco la cantidad de vino cuando hace calor y se trabaja más, debe también “vigilar (*considerans*) en todo caso que no se llegue hasta la saciedad o la embriaguez” (RB 40,5).

En el capítulo 48, donde se habla de la necesidad para todos de estar ocupados en la lectura o en el trabajo manual, Benito añade una nota de atención especial para los delicados. “A los hermanos enfermos o delicados (*delicatis*) se les encomendará una clase de trabajo mediante el cual ni estén ociosos ni el esfuerzo les agote o les haga desistir. El abad tendrá en cuenta (*consideranda est*) su debilidad” (RB 48, 24-25).

Es un buen ejemplo de atención integral al prójimo, en el sentido de que la mirada del abad debe considerar todos los factores: la vocación de los hermanos, la importancia para su alma de no estar ociosos, pero también su fragilidad física y psíquica. De esta mirada debe venir la decisión justa a tomar para su bien.

En resumen, la mirada al prójimo que tiende a cuidar de él, no es una mirada tonta: es una mirada que piensa, que medita, que discierne, en búsqueda del mejor modo de querer el verdadero bien y la felicidad del otro.

Hay otros ejemplos, que cada uno de vosotros puede meditar en la Regla, de “*pia consideratio*”, de “consideración misericordiosa”, que conduce a tener un buen cuidado de los hermanos y hermanas (cfr. RB 34,2; 53,19-20; 55,3.21).

En las instrucciones sobre las cualidades del abad, en el capítulo 64, Benito pide que sea “*providus et consideratus* – previsor y prudente” (RB 64,17), es decir, capaz de considerar bien las cosas para favorecer el bien de la comunidad, como hace la providencia de Dios. Y esto lo lleva a una buena discreción (*discretio*), como la de Jacob, que moderaba la marcha del rebaño para que no pereciese ninguna oveja (cfr. RB 64,18). Como en la ciencia: un buen juicio, una buena teoría, presuponen una buena observación. En nuestro caso, una buena atención a las personas.

Pero fijémonos que esta consideración no debe tener un sentido único. Por ejemplo, los enfermos deben, a su vez, tener consideración por quien les cuida: “Pero piensen (*considerent*) también los enfermos, por su parte, que se les sirve así en honor a Dios, y no sean impertinentes por sus exigencias caprichosas con los hermanos que les asisten” (RB 36,4). También el enfermero tiene un corazón, un límite de sus fuerzas y de su generosidad, y puede caer en la tristeza. Y al enfermo no le hace bien estar siempre y solamente concentrado sobre sí mismo, sobre su enfermedad. Mirando al otro, dándose cuenta de quien lo rodea, y del corazón de quien tiene al lado, tiene también él que hacerse prójimo de quien se ha hecho prójimo de él, debe también tener cuidado de quien lo cuida.

En todos estos pasajes en los que aparece el término “considerar”, “consideración”, entendemos que en el espíritu de san Benito hay, consciente o inconscientemente, el sentimiento del significado etimológico de esta palabra latina, que es un significado bellissimo: contiene el término “estrella”, en latín *sidus*. Por lo tanto, el significado es una observación atenta, profunda, como si se escrutase el cielo, los astros, las estrellas, donde los antiguos leían el porvenir de las personas, el destino de la vida.

Pero, entonces, lo extraordinario es que este término tan rico y denso de significado, este término tan noble para expresar la tensión del hombre hacia su destino, la capacidad humana de contemplación de las estrellas, es decir, del infinito, precisamente san Benito lo utiliza sobre todo para llamarnos la atención hacia aquél que es más débil, frágil, enfermo, mísero. Justamente: “*Consideretur semper in eis imbecillitas*” (RB 37,2).

Es como si san Benito nos pidiese convertir nuestra sed de absoluto, nuestra búsqueda del sentido último de la vida y del universo, la “*consideratio*” que nos une a las estrellas, para que se convierta en “*pia consideratio*” (RB 37,3), para que llegue a ser misericordiosa, caritativa, un acto de amor en nuestro corazón y en nuestra mirada, y, por lo tanto, en nuestro proceder al servicio del prójimo.